

MUJERES QUE NO PERDONAN

CAMILLA LÄCKBERG

MUJERES QUE NO
PERDONAN

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Kvinnor utan nad*

© 2019, Camilla Läckberg

Publicado de acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© 2020, Traducción: Claudia Conde

© 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA_{M.R.}

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2020

ISBN: 978-84-08-22961-2

Primera edición en formato epub en México: julio de 2020

ISBN: 978-607-07-6870-5

Primera edición impresa en México: julio de 2020

ISBN: 978-607-07-6818-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

PRIMERA PARTE

INGRID

Cuando su marido entró en la sala de estar, Ingrid Steen disimuló el objeto que tenía en la mano y lo escondió entre los cojines del sofá. Tommy pasó de largo.

Tras dedicarle una sonrisa fugaz y mecánica, prosiguió en dirección a la cocina. Ingrid oyó que abría el refrigerador y buscaba dentro, cantando entre dientes *The River*, de Bruce Springsteen.

Dejó el objeto donde estaba, se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Los faroles de la calle batallaban con la oscuridad nórdica. Los árboles y arbustos parecían desnudos y retorcidos. En la casa de enfrente temblaba la luz de una televisión.

A sus espaldas, Tommy carraspeó y ella volteó.

—¿Qué tal fue tu día?

Ingrid lo miró sin responder. Su marido sostenía en una mano una albóndiga fría a medio comer y, en la otra, un vaso de leche. Le quedaba poco pelo; nunca ha-

bía tenido mucho, pero a los treinta y tantos había tenido el buen gusto de raparse. Las faldas de la camisa estaban arrugadas, las había llevado por dentro de los pantalones desde la mañana.

—Bien.

Tommy sonrió.

—Me alegro.

Ingrid se le quedó mirando mientras se alejaba. «Tommy», nombre de obrero. «Bruce Springsteen», héroe de la clase obrera. Sin embargo, en cuanto lo nombraron director de *Aftonpressen* —el periódico más importante de Suecia—, se habían mudado a Bromma, un barrio habitado por la clase media acomodada y, en particular, por la élite mediática sueca.

En el estudio volvió a oírse el tecleo de la computadora. Ingrid regresó al sofá y empezó a buscar a tientas entre los cojines. Primero dio con un juguete antiguo de su hija Lovisa y lo sacó a la luz. Observó un momento el pequeño dinosaurio verde de ojos fijos y desproporcionados antes de depositarlo en la mesa de centro. Se inclinó otra vez sobre el sofá, encontró el aparato y salió al vestíbulo.

El ruido de dedos que tecleaban, impartían órdenes y cambiaban titulares se intensificó.

Ingrid descolgó el abrigo de Tommy del perchero. El kit de costura rectangular le presionaba la nalga derecha en el bolsillo trasero de los jeans. Ya en el piso de arriba, abrió la puerta del baño. Dejó el kit de costura sobre el lavabo, cerró la puerta con pestillo y bajó la tapa

del inodoro. Rápida-mente, descosió una parte del forro, introdujo en el hueco el aparato y comprobó que funcionaba. Con el dedo índice lo empujó, lo acomodó en el interior del forro y volvió a coser la tela satinada con un par de puntos.

VICTORIA

Tres años antes, Victoria se apellidaba Volkova, vivía en la populosa ciudad rusa de Ekaterimburgo y sabía vagamente que existía Suecia porque lo había estudiado en clase de historia. Ahora se llamaba Victoria Brunberg y residía en la pequeña localidad de Sillbo, a unos diez kilómetros de Heby, en el centro del país. Hablaba sueco con un fuerte acento y no tenía trabajo ni amigos. Dejó escapar un suspiro mientras vertía el té humeante en una taza del festival Sweden Rock.

Por el resquicio de la ventana se colaba el ruido del viento. Al otro lado de los cristales se extendían el campo, el bosque y un cielo gris. Se hizo sombra con la mano sobre los ojos para no tener que ver nada de aquello cuando llevara el té a la mesa de la cocina. Volvió a suspirar y apoyó los pies sobre la mesa. Todo en ese lugar, en ese país, era aborrecible. Rodeó con las manos la taza caliente y cerró los ojos.

—Yuri —susurró.

«La princesa de la mafia.» Así la llamaban en broma sus amigos de Ekaterimburgo. Y a ella le gustaba. Le encantaban los diamantes, las drogas, las cenas, la ropa y el departamento de lujo donde vivían.

Pero el mismo día de su cumpleaños, cuando cumplió los veinte, todo se esfumó. Fue el día que mataron a Yuri. Desde entonces, después de tanto tiempo, su cuerpo se habría descompuesto. Estaría irreconocible. La espalda peluda, las manos grandes, la mandíbula cuadrada, nada de eso existiría ya.

Lo habían matado a tiros el día del cumpleaños de Victoria. Su sangre le salpicó el abrigo blanco de piel, que había dejado en el sofá del club nocturno. También a ella habían querido matarla, pero el asesino falló el tercer disparo, antes de ser abatido por los guardaespaldas de Yuri.

Victoria se había refugiado en casa de su madre, que estaba a una hora en coche del centro de la ciudad.

Fue su madre quien le sugirió la web de hombres suecos que buscaban chicas rusas.

—Los suecos son buena gente. Son amables y no saben imponerse —le había dicho.

Victoria le hizo caso, como casi siempre. Subió un par de fotos a la web, recibió cientos de respuestas en un par de días y finalmente se decidió por Malte. Le habían gustado sus fotos, su aspecto de bebé grande de mirada amable. Tenía más o menos la misma edad que ella; estaba un poco gordo y parecía tímido. Malte le en-

vió dinero para el boleto de avión y, dos semanas después, Victoria franqueó por primera vez el umbral de la casa amarilla de Sillbo.

Fuera, en el patio de entrada, se oyó el ruido de la moto de Malte. De día trabajaba en la gasolinera Shell a la salida de Heby. Victoria bajó los pies de la mesa y fue a mirar por la ventana. La mole del cuerpo de Malte empequeñecía la motocicleta, como un Godzilla montado en un poni. Detrás iba la camioneta blanca, que atravesó el portón abierto y se estacionó junto a la moto. Lars abrió la puerta del lado del acompañante, sacó una caja de cervezas y se dispuso a cargarla en dirección a la casa. Era viernes, beberían hasta caer inconscientes. Pero antes Malte le arrancó una lata, la abrió y se puso a beber con avidez. La grasa le formaba pliegues en el cuello. Al cabo de un segundo, los dos hombres salieron del campo visual de Victoria y enseguida se oyó la llave que giraba en la cerradura.

No se quitaron los zapatos para entrar. Lars vaciló un momento al ver que el lodo dejaba huellas oscuras y pegajosas en las tablas del suelo.

—Déjalo, no te preocupes. La parienta se alegrará de tener algo que hacer. Pasa el día entero metida en casa sin hacer nada —dijo Malte sin mirarla.

Lars pareció dudar, intercambió con Victoria una mirada fugaz, masculló un saludo y dejó sobre la mesa la caja de cervezas. Malte se dirigió a los fogones.

—Vamos a ver qué desgracia has cocinado hoy —dijo levantando la tapadera de un cazo.

El vapor lo hizo retroceder y parpadear. Agitó varias veces la mano y miró dentro de la olla con los ojos entrecerrados. Al lado de Victoria, Lars abrió una lata de cerveza.

—Papas. Bien, muy bien. —Malte miró a su alrededor y levantó los brazos—. ¿Nada más? ¿Solamente papas?

—No sabía a qué hora vendrían. Ahora me pondré a hacer las salchichas —replicó Victoria.

Malte resopló, mirando a su amigo y no a ella, y repitió lo que acababa de decir su mujer, con voz aguda y exagerado acento ruso. Lars se atragantó de risa y la cerveza le corrió por el cuello.

—Todo lo que tiene de guapa lo tiene de tonta —añadió Malte.

A Lars todavía le goteaba la cerveza por el cuello.

El olor a comida le impregnaba la ropa. Malte le había prometido que repararía el extractor de la cocina, pero no lo había hecho. Metió los platos sucios en el lavavajillas. Los hombres estaban hundidos en el sofá. En la mesa de centro había varias latas vacías. Pronto se quedarían dormidos y entonces ella podría empezar el día. Empezarlo de verdad. Miró con disimulo el sofá, para ver dónde tenía Malte el teléfono celular, y se tranquilizó cuando pudo localizarlo entre dos latas de cerveza.

—Tendría que haberme traído una tailandesa, igual que la tuya. Cocinan mejor, cogen mejor... —dijo Malte, antes de eructar.

—¿Por qué no la mandas de vuelta? —preguntó Lars con una risita.

—Eso digo yo. ¿Por qué no? Me pregunto cuál será la política de devolución de parientas defectuosas —respondió Malte entre resuellos de risa.

—No creo que te devuelvan el dinero. Como mucho, un cupón de regalo —soltó Lars.

—Sí, la mercancía ya está más que usada.

Volieron a estallar en carcajadas, mientras el lavavajillas empezaba a llenarse de agua.

INGRID

Se estacionó delante del colegio Högland, apagó el motor y se quedó quieta, con las manos sobre el volante. Había llegado con una hora de antelación.

Catorce años de carrera periodística, dos de ellos de corresponsal en Estados Unidos, y tantos premios que había perdido la cuenta. Tiempo atrás tenían los diplomas, las fotos y los recortes de periódicos enmarcados y colgados de las paredes de casa. Cuando a Tommy lo nombraron director del periódico, poco después del nacimiento de Lovisa, los dos —de común acuerdo— decidieron que Ingrid se quedaría en casa con la pequeña. Ser director de *Aftonpressen* era algo más que un trabajo; era un estilo de vida, como decía Tommy. Si hubiera sido al revés, si le hubieran ofrecido a ella un puesto tan importante, él habría hecho el mismo sacrificio. Se lo podía garantizar. Ingrid se había adaptado. Había metido en una caja de cartón de Ikea los mo-

mentos culminantes de su carrera, los había guardado en el desván y había asumido el papel de ama de casa. En los últimos tiempos pensaba cada vez con más frecuencia en sus años como periodista. A veces, cuando se quedaba sola, bajaba la caja del desván y repasaba los recuerdos. La última vez había sido ese mismo día. Al final había devuelto la caja a su sitio, antes de que fuera la hora de recoger a Lovisa y de que Tommy volviera del trabajo.

Se sobresaltó cuando alguien le golpeó la ventanilla, pero acertó a poner cara sonriente de madre de alumna antes de girar la cabeza y reconocer a Birgitta Nilsson, la maestra de Lovisa. Sin proponérselo, echó una mirada al reloj y sólo entonces bajó el cristal. Todavía quedaba rato para que las clases acabaran, ¿por qué habría salido?

—Voy al médico —le dijo Birgitta con una sonrisa—. Nada grave. Solamente un control rutinario.

A Ingrid le caía bien la maestra, que ya casi tenía edad de jubilarse. La clase de Lovisa sería la última que tendría a su cargo.

—Suerte —le dijo.

—Ayer vi a Tommy en *Agenda*. ¡Qué bien estuvo! Es tan sensato... ¡Y qué bien habla! Debes de estar muy orgullosa.

Birgitta entrelazó los dedos de ambas manos.

—Mucho.

—Y pensar que en otoño encontró tiempo para venir a hablarles a los niños de su trabajo. ¡Con lo ocupado que estará! Cuando el resto de los profesores se entera-

ron de que vendría, se entusiasmaron tanto que tuvimos que reservar el auditorio. Lovisa estaba tan contenta... Y yo también.

—¡Qué bien! Sí, Tommy siempre encuentra tiempo para todo.

La maestra le dio una palmadita en el hombro, dio media vuelta y se fue en dirección al metro.

Ingrid subió el volumen de la música.

En realidad no necesitaba confirmar la infidelidad de Tommy. Ya lo sabía. Desde el verano lo notaba cambiado. Se preocupaba más por su aspecto y hasta había contratado a un entrenador personal. Antes podía hablar delante de ella de todas las decisiones de la redacción. Sabía que Ingrid conocía las reglas y jamás filtraría nada. Desde hacía un tiempo, sin embargo, se disculpaba y se iba con el teléfono al estudio o al jardín.

—Es la nueva política de la dirección —le explicó cuando ella se lo había preguntado—. Además, ahora ya no te interesan tanto estas cosas, ¿no?

Pero Ingrid quería saber quién era la mujer que se acostaba con su marido. Probablemente alguien de la redacción. Así se habían conocido ellos; así solían conocerse los periodistas.

Cada día hojeaba un ejemplar del periódico que Tommy llevaba a casa. Ya casi no reconocía ninguna de las caras que aparecían en las cabeceras de los artículos. Muchos de sus antiguos colegas se habían ido del periódico, y otros habían dejado atrás la agotadora vida de reportero para pasar a dirigir secciones.

¿Sabrían sus compañeros de entonces que Tommy le estaba siendo infiel? ¿Le tendrían pena? ¿Lo ayudarían a él a disimular? Ingrid tenía un plan para averiguar con quién la engañaba su marido, pero aún no sabía qué haría después.

VICTORIA

Malte y Lars roncaban uno al lado del otro en el sofá. Sus cuerpos obesos desprendían un tufo acre a sudor y alcohol. Victoria se llevó al sótano el teléfono de su marido. Entró en el cuartucho donde Malte guardaba el alambique para fabricar aguardiente casero, tomó una botella del líquido transparente y fue a sentarse en el sofá de terciopelo, delante de la televisión apagada. En el mueble de la televisión, claramente a la vista, se alineaba toda la colección de películas porno de Malte. Victoria había visto varias veces cada una de las películas. Así había aprendido sueco. Malte la tenía aislada: En la casa no había conexión a internet.

Victoria tenía teléfono propio, pero era de prepago y las cien coronas de saldo que Malte le ponía cada mes no eran suficientes para llamar a Rusia. La única forma que tenía de mantener el contacto con su madre era

compartiendo la conexión a internet del celular de Malte con su teléfono.

Los primeros meses había querido creer que la vida en Suecia podía ser tolerable. Nada en comparación con los años que había pasado con Yuri, pero tolerable. Malte era amable con ella. Aburrido, pero amable. Le regalaba flores medio marchitas, la felicitaba por los platos que cocinaba y la llamaba «mi mujercita». Claro que no era fácil acostarse con él, tenerlo cerca, sentir sobre la piel sus manos torpes, pero al menos la trataba como a un ser humano.

Se sentía agradecida porque la había sacado de Rusia. Pero al cabo de medio año, empezó a cambiar. Se volvió malo. Dejó de bañarse. Olía cada vez peor. En lugar de acostarse con ella, se bajaba los pantalones hasta las rodillas, se sentaba en el sofá y la llamaba a gritos para que lo satisficiera.

Ella obedecía. Le daba miedo. Aunque nunca le había levantado la mano, estaba totalmente a su merced. Malte podía hacer que su vida fuera todavía peor de lo que ya era.

No tenía adónde ir, la casa era una cárcel. Si al menos hubiera tenido una amiga, alguien que de verdad fuera amable con ella y la tratara como a una persona y no como a una muñeca inflable con funciones de cocinera y empleada doméstica, todo habría sido muy distinto.

Bebió un trago del aguardiente casero e hizo una mueca de disgusto. Su madre no había contestado a su último correo. Victoria le ocultaba su situación. Le de-

cía que estaba muy bien y que tenía muchas amigas. Que Malte la mimaba y que, tal como su madre le había anticipado, era bueno y de trato amable, y tenía un alto cargo en una gran empresa informática. Le describía con todo detalle las cenas elegantes, los viajes al Mediterráneo, los amigos importantes y los planes de tener hijos.

Le agradecía a su madre que hubiera tenido la buena idea y la previsión de aconsejarle que se casara con un sueco.